

Andrés García Cerdán

*Equipos
de respiración
subacuática*



© Fotografía: Almudena Sánchez



Andrés García Cerdán

*Equipos
de respiración
subacuática*

45.º PREMIOS LITERARIOS KUTXA
CIUDAD DE IRUN

algaida



Un jurado compuesto por Antonio Colinas, Manuel Rico y Raquel Lanseros concedió al poemario *Equipos de respiración subacuática*, de Andrés García Cerdán, el 45.º Premio Literario Kutxa Ciudad de Irun, en su modalidad de poesía en castellano.



Primera edición: 2023

© Andrés García Cerdán, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

ISBN: 978-84-9189-877-1

Depósito legal: SE. 1777-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi pequeño Teo.
Bienvenido a este lado del amor.*

Para Almudena y su gramática.

un póker de PUREZA

CHUS PATO

Aire

Lo que voy a deciros
—aunque no sepa cómo aún—
es aire.

Hablaré de un paso de peatones:
su intermitencia me conmueve.

Hay unos versos de John Ashbery:
está reventando,
está a punto de reventar
como algo invisible.

Hay una blusa azul celeste
hallada entre las cosas de mi madre.

Lo que voy a deciros
—aunque no sepa cómo aún—
está dentro y fuera de mí,
dentro y fuera del mundo
al mismo tiempo.

En mis pulmones y en los vuestros,
el aire:

 aquello que supimos,
lo que hemos olvidado,

lo que siempre está reventando,
siempre a punto de reventar.

I

Geología

(À propos de Baudelaire)

Marcel Proust encuentra en algunos libros
no una tendencia del alma humana,
sino solo —tan solo— una cuestión de geología.

Un movimiento sísmico
y una fractura
que te hacen flotar sobre ti mismo,
ajeno a cualquier ley de gravedad.

No hay mayor atracción
que el choque y la estampida de las placas tectónicas,
la grieta que se abre en las palabras.

Un libro es una isla
que se mueve sobre otras islas,

la línea de flotación de una tormenta.

Habla Proust de la Atlántida,
de los glaciares,
de la decantación del oro,
de la ceniza al rojo vivo de la que surge el géiser.

Un hundimiento no esperado
lo engulle todo mientras leo.

Un beso en la boca

Los aperos del campesino labran
la costra de las viñas.

En su delirio desentierran
un jinete de bronce íbero,
la dama detenida en su oración.

El surco es agua. El hombre
comprende que trabaja sobre el tiempo,
sobre la sangre de su sangre.

Lo que hay a sus pies es espuma de mármol.

Devueltas a la vida, las estatuas respiran.
La mañana nos dice en ellas
qué somos, qué hemos sido.

Contra quienes quisieron asfixiarlas,
la lluvia,
la tierra roja y húmeda.

Les rompían la nariz, solo la nariz.
Conjuraban así su espíritu o su magia,
su maldición.

Les rompían la boca a las esfinges,
a los dioses, al santo,
para que ya no fueran más.

Aquí están, sin embargo, renacidas,
soñando que las besas en los labios.

Sobre la nobleza de las maderas

En los muslos de aquel adolescente,
una tabla de aglomerado
que se deshacía en los bordes
y que dejaba en la piel
astillas.
Estudiaba los libros más inútiles
del mundo:
gramáticas, lingüísticas, historias.

Aprender demasiado
casi siempre es muy poco.

La mañana
lo encontraba con ojos de murciélago
insistiendo en tanta inutilidad.

Juan Ramón se veía, a solas, con el mar
desde el cuarto más frío de la casa.

En los pórticos, el escriba
deslizaba sus signos
sobre el papiro,
apoyado en las nobles maderas de la eternidad.
Soplaba entre sus dedos el espíritu.

La mañana era la única mañana,
la última mañana cada vez.

Flotaciones

Muy distintas en su naturaleza,
las ramas del olivo y el rosal
se queman en la lumbre. Al principio
lo hacen levantando un humo gris
a las alturas. Luego, como impulso
y presencia invisible de sí mismas.
En los troncos está la savia aún:
gotea en el terrazo, cruje, hierve.
Después de secos y talados, lejos
de la tierra, destilan su resina
los sarmientos. Antes de irse,
vuelven a ser raíz. En lenguas verdes
y azules y naranjas, una rosa
nos habla en la ceniza. El olivo
celebra la canción de los barrancos.

Granito

En el norte hay una carretera,
entre Ávila y Salamanca,
bordeada de grandes rocas.

Como si un glaciar las hubiera ido
dejando
por ahí, a su antojo,
apiñadas unas sobre otras,
exhiben el desorden de la naturaleza.

Estos riscos desnudos son los huesos de Dios.
Una mitología hay en su envergadura.
Si les pones la mano encima,
alguien te escucha desde antes.

El granito salvaje nos habla aún del fuego
que lo fundió
y que lo echó a rodar hacia la luz
y de los ríos que lo fueron
puliendo
sin consideración.

En su materia pura,
en lo crudo del tiempo que hay en ellas,
Théophile Gautier encontró
la más alta espiritualidad.
Si Dios se manifiesta de algún modo,
lo hace en su desolación,
en la magnitud de su alma fría.

Ahí están,
en los barrancos,
obligando a doblarse a los arroyos,
entre el pino y el roble,
entre la encina y el espino albar,
a veces solas
en mitad de la nada.

Su grandeza es un círculo secreto
donde aún es posible otro lenguaje.